

INTRODUCCIÓN A LA PSICOLOGÍA.

# Obras completas

Sigmund Freud

Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey  
con la colaboración de Anna Freud,  
asistidos por Alix Strachey y Alan Tyson

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Volumen 5 (1900-01)

La interpretación de los sueños  
(segunda parte)

Amorrortu editores  
Buenos Aires - Madrid

dad psíquica corresponde entonces a un lugar en el interior de un aparato, en el que se produce uno de los estadios previos de la imagen. En el microscopio y el telescopio, como es sabido, estas son en parte unas localizaciones ideales, unas zonas en las que no se sitúa ningún componente aprehensible del aparato. Juzgo superfluo disculparme por los defectos de este simil y todos los del mismo tipo. Tales analogías no persiguen otro propósito que servirnos de apoyo en el intento de hacernos comprensible la complejidad de la operación psíquica descomponiéndola y atribuyendo a componentes singulares del aparato cada operación singular. Que yo sepa, nadie ha osado hasta ahora colegir la composición del instrumento anímico por vía de esa descomposición. Me parece inocua. Tenemos derecho, creo, a dar libre curso a nuestras conjeturas con tal que en el empeño mantengamos nuestro juicio frío y no confundamos los andamios con el edificio. Puesto que para una primera aproximación a algo desconocido no necesitamos otra cosa que unas representaciones auxiliares, antepondremos a todo lo demás los supuestos más toscos y aprehensibles.

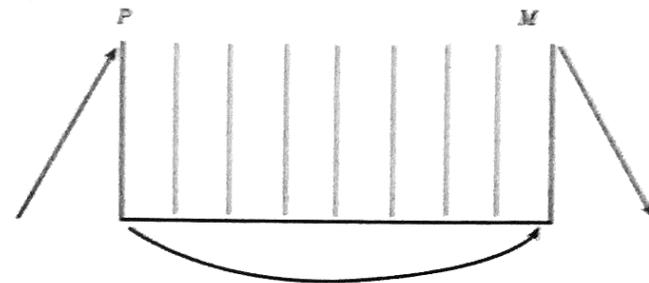
Imaginamos entonces el aparato psíquico como un instrumento compuesto a cuyos elementos llamaremos *instancias* o, en beneficio de la claridad, *sistemas*. Después formulamos la expectativa de que estos sistemas han de poseer quizás una orientación espacial constante, al modo en que los diversos sistemas de lentes de un telescopio se siguen unos a otros. En rigor, no necesitamos suponer un ordenamiento realmente *espacial* de los sistemas psíquicos. Nos basta con que haya establecida una secuencia fija entre ellos, vale decir, que a raíz de ciertos procesos psíquicos los sistemas sean recorridos por la excitación dentro de una determinada *serie temporal*. La serie puede experimentar una alteración en el caso de otros procesos; queremos dejar abierta esa posibilidad. En lo que sigue, y en aras de la brevedad, nos referiremos a los componentes del aparato como «sistemas  $\psi$ ».

Lo primero que nos salta a la vista es que este aparato, compuesto por sistemas  $\psi$ , tiene una dirección. Toda nuestra actividad psíquica parte de estímulos (internos o externos) y termina en inervaciones.<sup>7</sup> Por eso asignamos al apa-

<sup>7</sup> «Inervación» es un término muy ambiguo. Frecuentemente se lo emplea en un sentido estructural, para significar la distribución anatómica de los nervios en algún organismo o región del cuerpo. Freud lo usa más a menudo (aunque no siempre) para denotar la transmisión de

rato un extremo sensorial y un extremo motor; en el extremo sensorial se encuentra un sistema que recibe las percepciones, y en el extremo motor, otro que abre las esclusas de la motilidad. El proceso psíquico transcurre, en general, desde el extremo de la percepción hacia el de la motilidad. El esquema más general del aparato psíquico tendría entonces el siguiente aspecto:

Figura 1.



Pues bien, esto no hace sino cumplir un requisito con el que estamos familiarizados hace mucho, a saber, que el aparato psíquico ha de estar construido como un aparato de reflejos. El proceso del reflejo sigue siendo el modelo de toda operación psíquica.

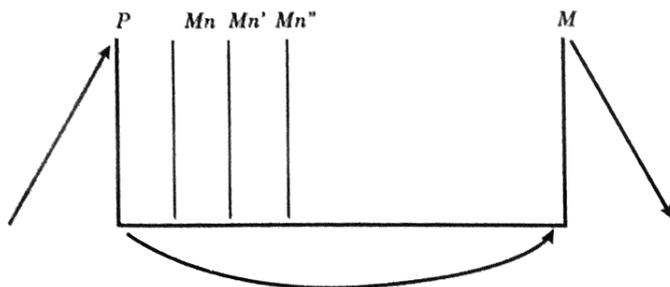
Ahora tenemos fundamentos para hacer que ingrese en el extremo sensorial una primera diferenciación. De las percepciones que llegan a nosotros, en nuestro aparato psíquico queda una huella que podemos llamar «huella mnémica». Y a la función atinente a esa huella mnémica la llamamos «memoria». Si tomamos en serio el designio de anudar los procesos psíquicos a sistemas, la huella mnémica sólo puede consistir en alteraciones permanentes sobrevenidas en los elementos de los sistemas. Ahora bien, como ya ha sido consignado,<sup>8</sup> trae consigo manifiestas dificultades suponer que un mismo sistema deba conservar fielmente alteraciones sobrevenidas a sus elementos y, a pesar de ello, mantenerse siempre abierto y receptivo a las nuevas ocasiones de alteración. De acuerdo con el principio que guía nuestra búsqueda, distribuiremos entonces estas dos operaciones entre siste-

energía a un sistema de nervios, o (como en este caso) específicamente a un sistema eferente —es decir, para indicar un proceso que tiende a la descarga de energía—.]

<sup>8</sup> [Por Breuer, en una nota al pie de *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), AE, 2, págs. 200-1, donde entre otras cosas escribe: «El espejo de un telescopio de reflexión no puede ser al mismo tiempo una placa fotográfica.»]

mas diversos. Suponemos que un sistema del aparato, el delantero, recibe los estímulos perceptivos, pero nada conserva de ellos y por tanto carece de memoria, y que tras él hay un segundo sistema que traspone la excitación momentánea del primero a huellas permanentes. Este sería, entonces, el cuadro de nuestro aparato psíquico:

Figura 2.



Es bien sabido que de las percepciones que tienen efecto sobre el sistema P conservamos como duradero algo más que su contenido. Nuestras percepciones se revelan también enlazadas entre sí en la memoria, sobre todo de acuerdo con el encuentro en la simultaneidad que en su momento tuvieron. Llamamos *asociación* a este hecho. Ahora es claro que si el sistema P no tiene memoria alguna, tampoco puede conservar las huellas para la asociación; los elementos P singulares se verían intolerablemente impedidos en su función si contra cada percepción nueva se hiciese valer un resto de enlace anterior. Por tanto, tenemos que suponer que la base de la asociación son más bien los sistemas mnémicos. El hecho de la asociación consiste entonces en lo siguiente: a consecuencia de reducciones en la resistencia y de facilitaciones, desde uno de los elementos Mn la excitación se propaga más bien hacia un segundo elemento Mn que hacia un tercero.

Una mayor profundización nos muestra la necesidad de suponer no uno sino varios de esos elementos Mn, dentro de los cuales la misma excitación propagada por los elementos P experimenta una fijación (*Fixierung*) de índole diversa. El primero de estos sistemas Mn contendrá en todo caso la fijación de la asociación por *simultaneidad*, y en los que están más alejados el mismo material mnémico se ordenará según otras clases de encuentro, de tal suerte que estos sistemas más lejanos han de figurar, por ejemplo, relaciones de semejanza u otras. Desde luego, sería vano empeñarse en

indicar con palabras el significado\* psíquico de un sistema semejante. Su característica residiría en la intimidad de sus vínculos con elementos del material mnémico en bruto, o sea, si queremos apuntar a una teoría que vaya más a lo hondo, en las gradaciones de la resistencia de conducción hacia esos elementos.

Habría que intercalar aquí una observación de naturaleza general que quizás apunte a algo importante. El sistema P, que no tiene capacidad ninguna para conservar alteraciones, y por tanto memoria ninguna, brinda a nuestra conciencia toda la diversidad de las cualidades sensoriales. A la inversa, nuestros recuerdos, sin excluir los que se han impreso más hondo en nosotros, son en sí inconcientes. Es posible hacerlos concientes; pero no cabe duda de que en el estado inconciente despliegan todos sus efectos. Lo que llamamos nuestro carácter se basa en las huellas mnémicas de nuestras impresiones; y por cierto las que nos produjeron un efecto más fuerte, las de nuestra primera juventud, son las que casi nunca devienen concientes. Pero cuando los recuerdos se hacen de nuevo concientes, no muestran cualidad sensorial alguna o muestran una muy ínfima en comparación con las percepciones. Si pudiéramos confirmar que *en los sistemas  $\psi$  memoria y cualidad para la conciencia se excluyen entre sí*, se nos abriría una promisoriosa perspectiva sobre las condiciones de la excitación de las neuronas.<sup>9</sup>

Lo que hasta aquí hemos supuesto acerca de la compo-

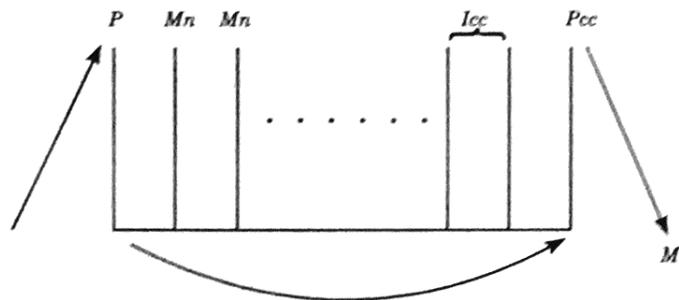
\* [*Bedeutung*]: «significado» o «valor»; la última frase equivale a «sería vano empeñarse en traducirlo a representaciones-palabra».]

<sup>9</sup> [Nota agregada en 1925:] Después he sugerido que, en realidad, la conciencia surge *en remplazo* de la huella mnémica. Véase mi «Nota sobre la «pizarra mágica»» (1925a). [Cf. también *Más allá del principio de placer* (Freud, 1920g), AE, 18, pág. 25, donde se hace la misma afirmación. — Todo este examen de la memoria se hará más comprensible si se estudian esos dos pasajes pertenecientes a escritos posteriores de Freud; pero sus primeras reflexiones sobre el tema, reveladas en la correspondencia con Fliess (Freud, 1950a), arrojan todavía más luz al respecto. Cf., por ejemplo, el «Proyecto de psicología» de 1895 (Freud, 1950a), AE, 1, págs. 343-6, y la Carta 52 (del 6 de diciembre de 1896), *ibid.*, págs. 274-80. Digamos de paso que esta carta contiene lo que evidentemente es una versión temprana del «esquema» aquí presentado, así como también la primera aparición de las abreviaturas que distinguen a los diversos sistemas. [Las abreviaturas que adoptamos en la presente versión castellana siguen el criterio de Freud de emplear la primera letra de cada sílaba: *Bewusstsein* = *Bw* (Conciencia = *Cc*), *Unbewusst* = *Ubw* (Inconciente = *Icc*); *Vorbewusst* = *Vbw* (Preconciente = *Prcc*), con el agregado de la «r» para diferenciar mejor de:) *Wahrnehmung* = *W* (Percepción = *P*). Además, cuando el término así abreviado cumple función de adjetivo (p. ej., «cualidades *icc*») hemos utilizado la sigla en minúscula. «Mn» es abreviatura de «mnémico».]

sición del aparato psíquico en el extremo sensorial se obtuvo sin referencia al sueño ni a los esclarecimientos psicológicos que de él pueden derivarse. Ahora, para el conocimiento de otra pieza del aparato, el sueño nos servirá como fuente de prueba. Hemos visto<sup>10</sup> que nos resultaba imposible explicar la formación del sueño si no osábamos suponer la existencia de dos instancias psíquicas, una de las cuales sometía la actividad de la otra a una crítica cuya consecuencia era la exclusión de su devenir-conciente.

La instancia criticadora, según inferimos, mantiene con la conciencia relaciones más estrechas que la criticada. Se sitúa entre esta última y la conciencia como una pantalla. Además, encontramos asideros [pág. 486] para identificar la instancia criticadora con lo que guía nuestra vida de vigilia y decide sobre nuestro obrar conciente, voluntario. Ahora, conforme a nuestras hipótesis, sustituyamos estas instancias por sistemas; si tal hacemos, en virtud del conocimiento citado en último término el sistema criticador se situará en el extremo motor. Incluimos los dos sistemas en nuestro esquema, y en los nombres que les damos expresamos su relación con la conciencia:

Figura 3.



Al último de los sistemas situados en el extremo motor lo llamamos *preconciente* para indicar que los procesos de excitación habidos en él pueden alcanzar sin más demora la conciencia, siempre que se satisfagan ciertas condiciones; por ejemplo, que se alcance cierta intensidad, cierta distribución de aquella función que recibe el nombre de «atención» [cf. págs. 582-3], etc. Es al mismo tiempo el sistema que posee las llaves de la motilidad voluntaria. Al sistema que está detrás lo llamamos *inconciente*\* porque no tiene acceso al-

<sup>10</sup> [Cf. *supra*, 4, págs. 162 y sigs.]

\* [«Das Unbewusst»: En general, hemos traducido «lo inconciente», salvo en los casos en que (como aquí) el texto se refiere al «sistema

guno a la conciencia *si no es por vía del preconciente*, al pasar por el cual su proceso de excitación tiene que sufrir modificaciones.<sup>11</sup>

Ahora bien, ¿en cuál de estos sistemas situamos el envión para la formación del sueño? Para simplificar, lo hacemos en el sistema *Icc*. Claro que en ulteriores elucidaciones llegaremos a saber que esto no es del todo correcto y que la formación del sueño se ve precisada a anudarse con pensamientos oníricos que pertenecen al sistema del preconciente [pág. 554]. Pero en otro lugar, cuando tratemos del deseo onírico, nos enteraremos de que la fuerza impulsora del sueño es aportada por el *Icc* [pág. 553]; y a causa de este último factor adoptamos ahora el supuesto de que el sistema inconciente es el punto de partida para la formación del sueño. Como todas las otras formaciones de pensamiento, esta excitación onírica exteriorizará el afán de proseguirse dentro del *Prcc* y alcanzar desde ahí el acceso a la conciencia.

La experiencia nos enseña que durante el día la censura de la resistencia les ataja a los pensamientos oníricos este camino que lleva a la conciencia pasando por el preconciente. En la noche se abren el acceso a la conciencia, pero debemos averiguar por qué camino y merced a qué alteración. Si ello les fuese posibilitado por el hecho de que a la noche disminuye la resistencia que monta guardia en la frontera entre inconciente y preconciente, recibiríamos en el material de nuestras representaciones unos sueños que no mostrarían el carácter alucinatorio que ahora nos interesa.

Por eso la disminución de la censura entre los dos sistemas *Icc* y *Prcc* sólo puede explicar formaciones oníricas del

inconciente», donde recurrimos al artículo masculino. Esto implica cierta cuota de interpretación, pues el término alemán siempre es neutro, como lo son también «das Bewusstsein» («la conciencia») y «das Vorbewusst» («lo preconciente»; en este caso también aplicamos el criterio antes expuesto). Lo importante es advertir que no corresponde asociar este problema del género gramatical con el de averiguar si para Freud «inconciente» es cualidad o cosa; esto último debe discernirse por el contexto. La aclaración no es ociosa, pues en castellano el artículo neutro sugiere una cualidad, lo que no es válido para el alemán.)

<sup>11</sup> [Nota agregada en 1919:] La ulterior ampliación de este esquema de desenvolvimiento lineal deberá incluir el supuesto de que el sistema que sigue al *Prcc* es aquel al que tenemos que adscribir la conciencia, vale decir,  $P = Cc$ . [Cf. *infra*, págs. 603 y sigs. Para un tratamiento más completo de esto, véase «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (Freud, 1917d). — El último «esquema» del aparato psíquico, que Freud presentó por primera vez en el capítulo II de *El yo y el ello* (1923b), y repitió (con algunas modificaciones) en la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a), insiste más en la estructura que en la función.]

tipo de «*Autodidasker*», pero no sueños como el del niño que se abrasa, que nos propusimos como problema al comienzo de estas indagaciones.

Lo que ocurre en el sueño alucinatorio no podemos describirlo de otro modo que diciendo lo siguiente: La excitación toma un camino de *reflujo* (*rückläufig*). En lugar de propagarse hacia el extremo motor del aparato, lo hace hacia el extremo sensorial, y por último alcanza el sistema de las percepciones. Si a la dirección según la cual el proceso psíquico se continúa en la vigilia desde el inconciente la llamamos *progreidente* (*progreident*), estamos autorizados a decir que el sueño tiene carácter *regrediente* (*regredient*).<sup>12</sup>

Esta regresión (*Regression*) es entonces, con seguridad, una de las peculiaridades psicológicas del proceso onírico; pero no tenemos derecho a olvidar que no es propia exclusivamente de los sueños. También el recordar deliberado y otros procesos parciales de nuestro pensamiento normal corresponden a una marcha hacia atrás (*Rückschreiten*) dentro del aparato psíquico desde algún acto complejo de representación hasta el material en bruto de las huellas mnémicas que está en su base. Pero en la vigilia esta retrogresión (*Zurückgreifen*) no va más allá de las imágenes mnémicas; no puede producir la animación alucinatoria de las imágenes perceptivas. ¿Por qué ocurre de otro modo en el sueño? Cuando hablamos del trabajo de condensación no pudimos evitar el supuesto de que las intensidades adheridas a las representaciones son transferidas íntegramente de una a otra por obra del trabajo del sueño.<sup>13</sup> Probablemente sea esta modificación del proceso psíquico corriente la que posibilita que el sistema de las *P* se invista hasta la plena vivacidad sensorial en la dirección inversa, partiendo de los pensamientos.

<sup>12</sup> [Nota agregada en 1914:] La primera referencia al factor de la regresión se encuentra ya en Alberto Magno. La *imaginatio*, nos dice, construye al sueño a partir de las imágenes conservadas de los objetos sensibles. El proceso es el inverso del que se consume en la vigilia. (Citado por Diepgen, 1912, pág. 14.) — Hobbes escribe en el *Leviatán* (1651, parte I, capítulo 2): «*In sum, our dreams are the reverse of our waking imaginations, the motion, when we are awake, beginning at one end, and when we dream at another*» («En suma, nuestros sueños son lo inverso de nuestras imaginaciones de la vigilia, pues cuando estamos despiertos el movimiento comienza en uno de los extremos, y cuando dormimos, en el otro»). (Citado por Havelock Ellis, 1911a, pág. 109.) — [Breuer, en *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), *AE*, 2, pág. 201, se había referido, en relación con las alucinaciones, a una «excitación "retrocedente" del aparato perceptivo — o sea, desde el órgano de la memoria — por unas representaciones».]

<sup>13</sup> [Cf. *supra*, 4, págs. 334-5.]

Espero que estemos muy lejos de engañarnos acerca del alcance de estas elucidaciones. Nos hemos limitado a dar un nombre a un fenómeno cuya explicación no alcanzamos. Así, llamamos «regresión» al hecho de que en el sueño la representación vuelve a mudarse en la imagen sensorial de la que alguna vez partió. Pero este paso exige justificación. ¿Para qué poner un nombre si ello no nos enseña nada nuevo? Es que a mi juicio el nombre de «regresión» nos sirve a la medida en que anuda ese hecho por nosotros conocido al esquema del aparato anímico provisto de una dirección. Ahora bien, en este punto obtenemos la primera recompensa por haber establecido ese esquema. En efecto, otra peculiaridad de la formación del sueño se nos hará inteligible sin nueva meditación y únicamente con el auxilio del esquema. Si consideramos al proceso del sueño como una regresión en el interior de ese aparato anímico que hemos supuesto, se nos explica sin más el hecho, comprobado empíricamente, de que a raíz del trabajo del sueño todas las relaciones lógicas entre los pensamientos oníricos se pierden o sólo hallan expresión trabajosa.<sup>14</sup> De acuerdo con nuestro esquema, esas relaciones entre pensamientos no están contenidas en los primeros sistemas *Mn*, sino en otros, situados mucho más adelante, y por eso en la regresión tienen que quedar despojados de todo medio de expresarse, excepto el de las imágenes perceptivas. *La ensambladura de los pensamientos oníricos es resuelta, por la regresión, en su material en bruto.*

Pero, ¿qué alteración posibilita esa regresión imposible durante el día? Aquí nos daremos por satisfechos con conjeturas. Muy bien puede tratarse de alteraciones en las investiduras energéticas de los sistemas singulares, en virtud de las cuales ellos se vuelven más o menos transitables para el decurso de la excitación; no obstante, en un aparato de esta índole, idéntico efecto para el camino de la excitación podrían tener otras clases de modificaciones. Enseguida se piensa, desde luego, en el estado del dormir y en las alteraciones de investidura que provoca en el extremo sensorial del aparato. Durante el día hay una corriente continua desde el sistema  $\psi$  de las *P* hasta la motilidad; ella cesa durante la noche y ya no podría oponer impedimento alguno a una contracorriente de la excitación. Esta sería la «clausura del mundo exterior» que en la teoría de algunos autores pretende aclarar los caracteres psicológicos del sueño.<sup>15</sup> Entretanto será preciso atender, para explicar la regresión del sue-

<sup>14</sup> [Cf. *supra*, 4, págs. 317-8.]

<sup>15</sup> Cf. [*supra*, 4] pág. 75.]

ño, a aquellas otras regresiones que se producen en estados patológicos de la vigilia. En el caso de estas formas, desde luego, la perspectiva que acabamos de dar no nos sirve. La regresión se produce a pesar de una corriente sensorial interrumpida en la dirección progrediente.

Respecto de las alucinaciones de la histeria y de la paranoia, y de las visiones de personas normales, puedo dar este esclarecimiento: de hecho corresponden a regresiones, es decir, son pensamientos mudados en imágenes, y sólo experimentan esa mudanza los pensamientos que mantienen íntima vinculación con recuerdos sofocados o que han permanecido inconcientes. Por ejemplo, a uno de mis histéricos más jóvenes, un muchacho de doce años, no le dejan dormirse unos «rostros verdes de ojos rojos», que lo espantan. Fuente de este fenómeno es el recuerdo sofocado, pero una vez conciente, de un chico a quien veía a menudo cuatro años antes y que le ofrecía un cuadro atemorizador de muchos vicios infantiles, entre ellos el del onanismo, que él mismo se reprocha ahora con posterioridad (*nachträglich*). La mamá había apuntado entonces que ese chico malcriado tenía la tez de color *verde* y ojos *rojos* (vale decir, *enrojecidos*). De ahí el espectro aterrador que, por lo demás, sólo está destinado a recordarle otra profecía de la mamá, a saber, que tales niños se vuelven cretinos, no pueden aprender nada en la escuela y mueren pronto. Nuestro pequeño paciente hace que una parte de esa profecía se cumpla; no avanza en la escuela y, como lo muestra la escucha de sus ocurrencias involuntarias, la segunda parte lo aterroriza. Puedo agregar que, al cabo de poco tiempo, el tratamiento dio por resultado que él pudiese dormir, perdiere su estado de angustia y terminara el año escolar con mención de honor.

Aquí puedo traer a cuento cómo se resolvió una visión que me contó una histérica de cuarenta años, del tiempo en que estaba sana. Una mañana abrió los ojos y vio en la habitación a su hermano, a pesar de que, como bien sabía, él se encontraba en el manicomio. Su hijito dormía en la cama junto a ella. Para que el niño no se *espantase* ni le viniesen *convulsiones* viendo a su tío, lo cubrió con la *sábana*, y entonces se esfumó el aparecido. Esta visión es la refundición de un recuerdo infantil de la dama, que por cierto fue conciente, pero en su interioridad mantenía la más íntima relación con todo un material inconciente. Su niñera le había contado que su madre, fallecida muy prematuramente (ella tenía apenas un año y medio en el momento de la muerte), había sufrido *convulsiones* epilépticas o histéricas a consecuencia de un *susto* que le provocó su hermano (el tío de

mi paciente) apareciéndosele como un fantasma con una *sábana* sobre la cabeza. La visión contiene los mismos elementos que el recuerdo: la aparición del hermano, la *sábana*, el susto y su efecto. Pero estos elementos se han ordenado en una nueva trama y se han trasferido a otras personas. El motivo manifiesto de la visión, el pensamiento al que esta sustituye, es la preocupación de que su hijito, físicamente tan parecido a su tío, hubiese de sufrir el mismo destino que él.

Los dos ejemplos que acabo de mencionar no están libres de relación con el estado del dormir, y por eso quizá sean inapropiados para probar lo que busco. Por eso remito a mi análisis de una paranoica con alucinaciones<sup>16</sup> y a los resultados de mis estudios, todavía inéditos, sobre la psicología de las psiconeurosis,<sup>17</sup> a fin de ratificar que en estos casos de mudanza regresiente del pensamiento no es posible descuidar el influjo de un recuerdo sofocado o que ha permanecido inconciente, las más de las veces infantil. A los pensamientos que están en conexión con él, impedidos de expresarse a causa de la censura, este recuerdo por así decir los arrastra consigo a la regresión, en cuanto es aquella forma de figuración en que él mismo tiene existencia psíquica. Puedo aducir aquí, como un resultado de los *Estudios sobre la histeria*,<sup>18</sup> que las escenas infantiles (sean ellas recuerdos o fantasías), cuando se logra hacerlas concientes, son vistas de manera alucinatoria y sólo al comunicarlas se borra este carácter. Es también sabido que aun en personas que no suelen tener memoria visual los recuerdos más tempranos de la infancia conservan, hasta edad avanzada, el carácter de la vivacidad sensorial.

Ahora bien, si tenemos presente el papel que en los pensamientos oníricos desempeñan las vivencias infantiles o las fantasías fundadas en ellas, la frecuencia con que sus fragmentos reaparecen en el contenido del sueño, y el hecho de que los deseos oníricos mismos hartas veces derivan de ahí, no podremos rechazar, respecto del sueño, la posibilidad de que la mudanza de pensamientos en imágenes visuales sea en parte consecuencia de la *atracción* que sobre el pensamiento desconectado de la conciencia y que lucha por expresarse ejerce el recuerdo, figurado visualmente, que pugna por ser reanimado. Según esta concepción, el sueño puede

<sup>16</sup> «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896b) [AE, 3, págs. 175 y sigs.].

<sup>17</sup> [Nunca publicados con ese título.]

<sup>18</sup> [Breuer y Freud, 1895; véase, por ejemplo, el primer historial clínico expuesto por Breuer (AE, 2, págs. 47 y sigs.).]

describirse también como *el sustituto de la escena infantil, alterado por transferencia a lo reciente*. La escena infantil no puede imponer su renovación; debe conformarse con regresar como sueño.

La referencia al significado (valor) por así decir paradigmático de las escenas infantiles (o de sus repeticiones fantaseadas) para el contenido del sueño vuelve superfluo uno de los supuestos que Scherner y sus discípulos hicieron acerca de las fuentes internas de estímulo. Scherner [1861] supone un estado de «estímulo visual», de excitación interna en el órgano de la visión, toda vez que los sueños muestran una vivacidad particular o una abundancia notable en sus elementos visuales.<sup>19</sup> No hace falta que nos revolbamos contra esa hipótesis; bastaría con que postulásemos un estado de excitación tal meramente para el sistema perceptivo psíquico del órgano de la visión, pero sosteniendo que ese estado de excitación es producido por el recuerdo, es el refrescamiento de una excitación visual que en su momento fue actual. En mi experiencia propia no dispongo de ningún ejemplo bueno sobre semejante influencia de un recuerdo infantil; en general, mis sueños poseen menor riqueza de elementos sensoriales que la que me veo llevado a apreciar en los de otras personas; pero en el sueño más hermoso y vívido que he tenido estos últimos años me resulta fácil reconducir la nitidez alucinatoria del contenido a cualidades sensoriales de impresiones recientes o habidas no mucho ha. En las páginas 461 y siguientes mencioné un sueño en que el azul profundo del agua, el color pardo del humo que despedían las chimeneas de los barcos y el marrón oscuro y el rojo de las construcciones que yo vi me dejaron una profunda impresión. Este sueño debería atribuirse a un estímulo visual, si es que alguno ha de serlo. ¿Y qué había puesto a mi órgano visual en ese estado de estimulación? Una impresión reciente que se sumó a una serie de impresiones anteriores. Los colores que vieran, en primer lugar, los del juego de ladrillos con que el día anterior al sueño mis hijos habían realizado una grandiosa construcción que me hicieron admirar. Ahí se veía el mismo rojo oscuro en los ladrillos grandes, y el azul y el marrón en los pequeños. Y a ello se sumaron las impresiones cromáticas de mis últimos viajes a Italia: el hermoso azul del Isonzo y de la laguna, y el marrón del Carso.<sup>20</sup> La belleza cromática del sueño no era sino una repetición de lo visto en el recuerdo.

<sup>19</sup> [Cf. *supra*, 4, pág. 239.]

<sup>20</sup> [Comarca de mesetas calcáreas cerca de Trieste.]

Resumamos lo que llevamos averiguado acerca de esta peculiaridad del sueño que consiste en trasvasar su contenido de representaciones a imágenes sensoriales. A este carácter del trabajo del sueño no lo hemos explicado, por ejemplo reconduciéndolo a leyes conocidas de la psicología, sino que lo destacamos como algo que apunta a constelaciones desconocidas y lo distinguimos mediante el nombre de «carácter *regrediente*». Hemos dicho que esta regresión es, dondequiera que aparece, un efecto de la resistencia que se opone a la penetración del pensamiento en la conciencia por la vía normal, así como de la simultánea atracción que sobre él ejercen recuerdos que subsisten con vivacidad sensorial.<sup>21</sup> En los sueños quizá contribuye a hacer más fácil la regresión el cese de la corriente progrediente que durante el día parte de los órganos sensoriales, factor auxiliar este que en las otras formas de regresión tiene que ser compensado por el fortalecimiento de los otros motivos para ella. No queremos dejar de apuntar que en estos casos patológicos de regresión, así como en el sueño, el proceso de la transferencia de energía podría ser diverso que en las regresiones de la vida anímica normal, pues en virtud de él se posibilita (en los casos patológicos y en el sueño) una total investidura alucinatoria de los sistemas perceptivos. Lo que en el análisis del trabajo del sueño hemos descrito como el «miramiento por la figurabilidad» podría ser referido a la *atracción selectiva* de las escenas visualmente recordadas y con las cuales los pensamientos oníricos entran en contacto.

Acerca de la regresión,<sup>22</sup> queremos observar aún que en la teoría de la formación del síntoma neurótico desempeña un papel no menos importante que en la del sueño. Distinguimos entonces tres modos de regresión: *a*) una regresión *tópica*, en el sentido del esquema aquí desarrollado de los sistemas  $\psi$ ; *b*) una regresión *temporal*, en la medida en que se trata de una retrogresión a formaciones psíquicas más antiguas, y *c*) una regresión *formal*, cuando modos de expresión y de figuración primitivos sustituyen a los habituales. Pero en el fondo los tres tipos de regresión son uno solo y en

<sup>21</sup> [Nota agregada en 1914:] En una exposición de la doctrina de la represión habría que puntualizar que un pensamiento cae en la represión por la influencia aunada de dos factores sobre él. Es repelido de una parte (por la censura de la *Cc*) y atraído de la otra (por el *Icc*), de la misma manera que la gente es llevada hasta la cima de la Gran Pirámide. [Agregado en 1919:] Véase mi trabajo sobre «La represión» (1915d) [en especial, las páginas iniciales].

<sup>22</sup> [Este párrafo se agregó en 1914.]

la mayoría de los casos coinciden, pues lo más antiguo en el tiempo es a la vez lo primitivo en sentido formal y lo más próximo al extremo perceptivo dentro de la tópica psíquica.<sup>23</sup>

Tampoco podemos abandonar el tema de la regresión en el sueño<sup>24</sup> sin formular una impresión que ya se nos había impuesto repetidas veces y que habrá de retornar con más fuerza luego de profundizar en el estudio de los psiconeurosis: El soñar en su conjunto es una regresión a la condición más temprana del soñante, una reanimación de su infancia, de las mociones pulsionales que lo gobernaron entonces y de los modos de expresión de que disponía. Tras esta infancia individual, se nos promete también alcanzar una perspectiva sobre la infancia filogenética, sobre el desarrollo del género humano, del cual el del individuo es de hecho una repetición abreviada, influida por las circunstancias contingentes de su vida. Entrevemos cuán acertadas son las palabras de Nietzsche: en el sueño «sigue actuándose una antiquísima veta de lo humano que ya no puede alcanzarse por un camino directo»; ello nos mueve a esperar que mediante el análisis de los sueños habremos de obtener el conocimiento de la herencia arcaica del hombre, lo que hay de innato en su alma. Parece que sueño y neurosis han conservado para nosotros de la antigüedad del alma más de lo que podríamos suponer, de suerte que el psicoanálisis puede reclamar para sí un alto rango entre las ciencias que se esfuerzan por reconstruir las fases más antiguas y oscuras de los comienzos de la humanidad.

Es bien posible que esta primera parte de nuestra apreciación psicológica del sueño no nos haya dejado demasiado satisfechos. Consolémonos reparando en que nos vemos precisados a edificar desde las tinieblas. Si no andamos por completo descaminados, otros puntos de abordaje nos llevarán aproximadamente a la misma región, en la cual quizá podremos luego orientarnos mejor.

<sup>23</sup> [Cf. «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (Freud, 1917d), AE, 14, pág. 226. Allí se modifica en parte lo enunciado en este párrafo.]

<sup>24</sup> [Este párrafo se agregó en 1919.]

### C. Acerca del cumplimiento de deseo

El sueño del niño que se abrasa, que expusimos al comienzo de este capítulo, nos da una bienvenida oportuna para apreciar ciertas dificultades con que choca la doctrina del cumplimiento de deseo. Todos hemos recibido con asombro, sin duda, la afirmación de que el sueño no es otra cosa que un cumplimiento de deseo, y quizá no únicamente por la contradicción que significa el sueño de angustia. Cuando por el análisis obtuvimos los primeros esclarecimientos y estos nos enseñaron que tras el sueño se ocultaban un sentido y un valor psíquico, en modo alguno habríamos esperado una precisión tan unívoca de ese sentido. Según la correcta pero harta escueta definición de Aristóteles, el sueño es el pensar que se continúa en el estado del dormir —y en tanto se duerme—. <sup>1</sup> Ahora bien, si durante el día nuestro pensamiento crea actos psíquicos tan variados —juicios, razonamientos, refutaciones, expectativas, designios, etc.—, ¿por qué estaría obligado por la noche a restringirse con exclusividad a la producción de deseos? ¿Acaso no son muchos los sueños que mudan en forma de sueño un acto psíquico de otra índole, por ejemplo, una preocupación? ¿Y el sueño particularmente trasparente con que encabezamos este capítulo, el sueño del padre, no es uno de ellos? Del fulgor que hierde sus ojos mientras duerme, él extrae la preocupada conclusión de que una vela se ha caído y pudo poner fuego al cadáver; mudó esta inferencia en un sueño vistiéndola como una situación percibida por los sentidos y en tiempo presente. ¿Qué papel desempeña en esto el cumplimiento de deseo? ¿Acaso puede desconocerse aquí el imperio del pensamiento que se continúa desde la vigilia o que fue incitado por la nueva impresión sensorial?

Todo esto es atinado y nos obliga a estudiar de más cerca el papel del cumplimiento de deseo en el sueño y el valor [*Bedeutung*] de los pensamientos de vigilia que se continúan durante el dormir.

Precisamente el cumplimiento de deseo ya nos movió a separar los sueños en dos grupos. Hallamos sueños que se presentaban de manera franca como cumplimiento de deseo, y otros en que este era irreconocible y a menudo ocultado por todos los medios. En estos últimos discernimos las operaciones de la censura onírica. A los sueños de deseo no des-

<sup>1</sup> [Cf. *supra*, 4, pág. 30.]